



## BOBY DEGLANE Y LA PUJANZA DE LA RAZA

«Mis queridos amigos», decía la otra noche don Bobby Deglané por la televisión al retransmitir el combate de boxeo entre Urtain y Cooper, en que se ponía en juego el título europeo de los pesados. «Mis queridos amigos, si Dios nos ayuda volveremos a España con el título». En conjunto, la retransmisión de la otra noche fue un precioso «show» celtibérico. Para empezar, subió al cuadrilátero con la bandera española el torero Andrés Vázquez, y el locutor, Bobby Deglané, dio rienda suelta a su entusiasmo: «Un torero español, señores y señoras; un torero zamorano, nada más y nada menos que Andrés Vázquez, es el abanderado esta noche». Se mascaba, como suele decirse, en el ambiente la derrota del «morrosko», y hay que decir que, en general, los periodistas deportivos se guardaron muy mucho de hablar de las perspectivas del combate en tono triunfalista. Cooper es un boxeador y el mocetón de Cestona, representante, como dijo Bobby Deglané, de la pujanza de la raza, iba a una derrota segura. Lo asombroso en todo el asunto es que Televisión Española, en lugar de encargar la retransmisión a un locutor «técnico» que fuera comentando objetivamente las incidencias del combate, se la encargara a un locutor «lírico», como el ilustre Bobby. Se trataba, sin duda, de paliar un poquito los efectos político-morales que iba a tener el seguro y fatal resultado en el ánimo de los españoles. Cuando, en el primer asalto, Urtain consiguió rozar la ceja de Cooper (ceja que, debido a su blandura, constituía la única esperanza española), el locutor pegó tal salto de alegría que el

telespectador debió sentirse reconfortado de buena parte de los descalabros históricos que nos han infligido los ingleses. Pero, ¡ay!, Urtain no volvió a rascar la ceja de Cooper en el resto del combate. Poco después el exultante Bobby tuvo que reconocer que el morrosko «empieza a respirar fatigosamente y —añadió— esto me preocupa, señores». El tercer asalto dio al locutor la posibilidad, más o menos justamente fundada en algunos manotazos del español, de repetir la generalizada teoría de que la única posibilidad de Urtain era «atacar, arrollar». Personalmente no entiendo nada de boxeo, pero me parece que cuando a un púgil (¡qué bonita es la palabra púgil!), repito, que cuando a un púgil le están martilleando la cabeza y los hígados, como hacía la otra noche Cooper con nuestro héroe, no se puede hablar como lo hacía Bobby Deglané, de que el que está recibiendo esté precisamente arrollando a su enemigo. La culminación de esta escalada de esperanzas españolas se produjo en el momento en que Cooper dio un traspies y dobló la rodilla, para levantarse en el mismo instante. La hispánica voz de Bobby Deglané produjo ahí un alarido capaz de levantar de su tumba al mismísimo Medinasidonia, el almirante en funciones de «La Invencible». ¡Magro consuelo! A los pocos segundos, Cooper arreaba un guantazo (por hablar en términos populares) a la nariz de Urtain, y Bobby Deglané lo disimulaba diciendo que «es un hombre con una nariz muy grande y que muchas veces, en el colegio, nos ha pasado que nos hemos dado un golpecito en la nariz y hemos empezado a sangrar». Lue-

go vinieron las «irregularidades». El golpe de Cooper con el antebrazo fue, según Bobby Deglané, completamente ilegal. En cambio, el cabezazo que Urtain le dio a la cara a su enemigo no fue ilegal, porque, dijo el locutor, «No ha habido dolo y, según los juristas, para haber falta tiene que haber dolo». Resumiendo la actuación del árbitro francés dijo don Bobby que era «un árbitro casero». Pero el esperado «cate» que España deseaba no llegó y, en el séptimo asalto, el locutor hablaba ya de «mare tenebrossum». Ya al principio de la pelea, Deglané había explicado que el pesaje de los boxeadores se había realizado en el teatro Odeón, donde se estaba representando la pieza «Waterloo». «Esperemos —había dicho el locutor— que Urtain no sea Napoleón». Y sí. La voz de TVE inició a partir de entonces su retirada, su «premio de consolación». Habló del «gran vasco», «el hombre primitivo», «el corazón que representa a toda la hispanidad» y dijo que «aunque un locutor tiene que ser objetivo, yo tengo una inmensa simpatía por este mocetón que encarna la pujanza de la raza». «Hombre —añadió— de vida privada intachable». En palabras de Bobby Deglané, «Urtain ha caído con gloria, con dignidad, con honor». Luego le dieron a Cooper, ya triunfador, la «chapela vasca» y en ello se vio muy claro, como dijo Bobby, «el hispánico gesto de cordialidad y señorío».

¡Fue todo tan bonito! ■ LUIS CARANDELL.

### Y LA VENGANZA DE KUBALA

A las pocas horas de haber sufrido en nuestra carne hispánica, ante la pantalla del televisor, el desgarrón de la derrota de Urtain, nos llegaba el consuelo, también a través del televisor, de la victoria de la selección nacional de fútbol ante Irlanda. Antes del partido, en declaración de última hora, Ladislao Kubala había dicho: «Vengaremos a Urtain». Y nuestros aguerridos muchachos, los Luis, los Rexach, los Violeta, los Pirri, los Iribar, abrumados el martes por los sucesos de Londres, pusieron el miércoles las cosas en su sitio. Así, el fracaso del nacional-pugilismo se vio compensado al día siguiente por el apogeo nacional-balompédico. ¡Gloria y honor a España! Este triunfo tiene tanto más significado cuanto que, en la selección irlandesa, figuraban varios jugadores que normalmente se alinean en los grandes clubs ingleses. Si el sajón Cooper desbarboló el martes al racial Urtain dejándonos sumidos en la amargura, el miércoles, en el césped del estadio Sánchez Pizjuán, en Sevilla, ante ese público al que se ha llamado «el jugador número doce de la selección nacional», nuestro equipo impuso a los irlandeses la evidencia de esa «gran verdad» del tres a cero. Y es que, señores, las reservas espirituales de España son inagotables. El coraje, la furia, el pundonor —¡virtudes tan nuestras!— saben vengar a tiempo las derrotas. La gloria que hoy se derrumba, mañana renace sobre sus cenizas. Y así, el mito sigue. ■ L. C.

Esta explicación se pierde en el terreno de la suspicacia indemostrable. Lo cierto es que Urtain ha bajado del ring desmontado del sitial mitológico y convertido en un boxeador fuerte, técnicamente malo y necesitado de un largo entrenamiento que a su edad se adivina inalcanzable. Tiene una fuerte pegada, pero arbitraria. No está respaldada por un autocontrol de cuerpo, sino por un impulso ciego que hasta ahora podía ejercer ante boxeadores semidormidos por lo que fuera o simplemente asustados. Ha aprendido a mover la cintura, los brazos, la parte superior del cuerpo; pero sus piernas son columnas de puro plomo.

Sus combates de verdad se iniciaron con la disputa del título europeo ante Weiland, un boxeador drogadicto de las salchichas de Frankfurt y la jarra de cerveza, con la musculatura abrigada por el pániculo adiposo más rancio del boxeo de todos los tiempos. Su segundo combate de verdad fue el de Blind. Fue la suya entonces una victoria a la acometividad y a la dedicación. Pero ya se vio que Blind sabía más que Urtain y la justicia del combate nulo se frustró porque Blind no arriesgó cuanto debe arriesgar un aspirante.

Ahora Urtain tiene la opción de la virtud y el gimnasio o una cortísima ristra de victorias fáciles, algún dinerito a acumular y el retorno al caserío con más horizontes del mundo a cuestas y algún coche deportivo. Tal vez monte un parador del camino o un negocio de ordeñadoras mecánicas. Dentro de quince, veinte años, cualquier ramalazo de revival volverá a mitificar a Urtain, como heredero de la dinastía de Juan Sebastián Elcano y Paulino Uzcudun. Aparecerá en programas de televisión opinando bajo el aval de su pasada gloria, esa gloria que en la actualidad ustedes y yo nos resistimos a concederle.

Tal vez Urtain se exprese entonces con normalidad. Que no arrastre las vocales, ni pierda la mirada. Es decir, que siga siendo ese muchacho listo (a mi Urtain me parece una persona muy inteligente) que ahora es, afortunado provechón de la neurosis solteril de nuestra sociedad, perpetuamente en demanda de machos paralelos y privilegiados.

Es una cuestión a decidir en las próximas semanas. Urtain puede llegar a boxear mejor a base de gimnasio y sacrificio. Urtain puede convertirse en un boxeador «gagá» más si quiere exprimir hasta el último la teta de la ganancia, de la explotación de su propio mito en decadencia.

Voces aparentemente sensatas le aconsejarán que se responsabilice y aprenda a pegar científicamente, puesto que ya va aprendiendo a recibir.

Pero, ¿para qué? ■ M. VAZQUEZ MONTALBAN.